

el papel de educación continua en la difusión de conocimientos

maría de lourdes berruecos

En 1982 se publicó el acuerdo que estableció las bases para la creación de áreas de educación continua dentro de la Universidad Autónoma Metropolitana. Fue hasta 1985 que Educación Continua de la División de Ciencias Sociales y Humanidades comenzó a funcionar de manera regular. Esto se debió, principalmente, a que la primera labor que hubo que afrontar fue la de cimentar, estructurar y dar vida a un nuevo proyecto de universidad. Actualmente la Unidad Xochimilco cuenta con tres coordinaciones de Educación Continua en cada una de las divisiones.

La noción de educación continua encierra el principio de continuidad del proceso del fenómeno educativo. Este principio implica, a su vez, una visión abierta capaz de responder, por una parte, a las inquietudes de formación del individuo y, por otra, a las necesidades cambiantes de la sociedad en su conjunto. La educación continua ofrece una alternativa al proceso de enseñanza aprendizaje, evaluado por medio del currículum tradicional, y constituye una opción flexible de programas y contenidos, situándose lejos del sistema formal educativo que limita el periodo de escolarización.

Educación Continua se enmarca en una dinámica académica ya estructurada; forma parte, en este sentido, de una de las principales funciones de la universidad; la difusión y preservación de la cultura. Educación Continua ofrece actividades académicas que, sin formar parte de los planes y programas de estudio, representan nuevas opciones en la formación universitaria y vinculan a la universidad con su entorno social.

Mientras que la organización académica intrauniversitaria tiende a darse sus propios lineamientos, sus normas de conducta y sus límites, la difusión de la cultura, es decir, el acervo de conocimientos que la propia universidad produce, necesita de estructuras flexibles que, al mismo tiempo que funcionen en el ámbito universitario, tengan la capacidad de proyectar estos conocimientos, esto es establecer una interacción entre la universidad y la sociedad a la cual sirve. Normalmente, el proceso de interacción universidad-sociedad se da por medio del trabajo de sus egresados y de los productos que vierten los diferentes núcleos de investiga-

ción; sin dejar de ser válido este proceso de interacción, que requiere de mucho tiempo para gestarse, no es el único que puede establecerse. La dinámica social, es decir, la versatilidad que los diferentes grupos y comunidades adquieren en la sociedad moderna, obligan a las instituciones educativas a reformular el contenido de sus programas e idear nuevos métodos (más flexibles) que rebasen a los tradicionales y sean capaces de responder a las demandas de grupos extrauniversitarios.

La estructura de Educación Continua permite no sólo la interrelación de los profesores y sus investigaciones, sino la proyección de la vida académica a un público cada vez más amplio.

En nuestra sociedad es evidente la especialización de los conocimientos. Nuevas técnicas y nuevos métodos se desprenden del estudio de campos cada vez más específicos; muchos de estos ámbitos tienen repercusiones sociales inmediatas pero que, sin embargo, son integrados a la vida social con un considerable retraso, producto de los esquemas rígidos que las universidades han heredado y que no corresponden plenamente al proceso de integración de conocimientos en la sociedad. No se trata de negar la vigencia de la educación universitaria, sino de darle nuevas formas de expresión motivadas no por la reflexión intra académica, pero sí por las exigencias de la propia sociedad. Estas nuevas formas de expresión, que tradicionalmente han sido consideradas como procesos secundarios de la formación académica demandan, ahora más que nunca, títulos de legitimidad que las sitúen al nivel de importancia como cualquier otro fenómeno más de producción de conocimientos y no como subproducto de la "verdadera" vida académica.

Es necesario dejar de lado, entonces, la concepción de la difusión de la cultura como una especie de "restos" del quehacer universitario que se dan a consumir al público en general. Si la universidad no es capaz de crear instrumentos versátiles y dinámicos para atender las demandas específicas de la sociedad, ésta creará sus propios medios para allegarse estos conocimientos y la universidad quedará rebasada. Se trata de pensar en la subsistencia misma de la Universidad en nuestra sociedad. Subsistencia quiere decir adecuación, capacidad de res-

puesta, creación de nuevos conocimientos y respuestas que sean capaces de satisfacer las demandas específicas del entorno.

En este contexto, lo primero que habría que establecer es el respeto a la especificidad de Educación Continua; no se le puede tratar de la misma manera y desde la misma perspectiva como comúnmente se hace con las otras áreas de la universidad. Si aplicamos las normas administrativas de otras áreas a Educación Continua estaremos limitándola seriamente y anulando, prácticamente, su capacidad de respuesta. Debemos permitir que cada espacio tenga la capacidad de organizarse y de establecer sus lineamientos, procedimientos y calendarios. Esta noción es válida tanto para Educación Continua como para cualquier otra área de la universidad. El aparato administrativo de la universidad debe adecuarse a la especificidad de las áreas y no viceversa.

Debemos tener conciencia, en cada momento, que la razón de la universidad es la producción y transmisión de conocimientos y no el cumplimiento de normas administrativas. En este sentido es necesario plantearse, para el conjunto universitario, una simplificación administrativa global que tome en cuenta la especificidad de las diferentes instancias para permitirles realizar su tarea académica de la manera más libre posible. Recordemos que la mejor administración es aquella que, estando siempre presente, es invisible. Por sus características fundamentales, más concretamente por su versatilidad, Educación Continua ha puesto en evidencia la necesidad de un replanteamiento administrativo que le permita cumplir mejor con sus objetivos. No puede haber justificación alguna para un trámite que retrasa y obstaculiza el quehacer académico. Si la vida académica priva, entonces la transmisión de conocimientos será el punto fundamental de nuestra institución educativa. Las universidades enseñan, no administran. Esta realidad, aunque parece evidente, no sale sobrando recordarla. Se necesita una reflexión a fondo, una verdadera autocrítica para determinar cuántas horas-hombre —que podrían destinarse a actividades académicas— se pierden en trámites. Estos últimos, que pueden resultar serios obstáculos en otros niveles, impiden el adecuado desarrollo de las funciones en el caso de una coordinación como la de Educación Continua, que requiere la planeación, estructuración y divulgación rápida y permanente de sus actividades.

Por otra parte, resulta claro que el enorme potencial académico y de recursos que Educación Continua tiene no ha sido correctamente evaluado, por no decir menospreciado. Este hecho se deriva, muy probablemente, de la consideración de la difusión de la cultura como una actividad secundaria de la universidad. El fenómeno es especialmente grave en un país como el nuestro en donde las universidades tienden a refugiarse en sí mismas, perdiendo así el vital contacto con el exterior. Educación Continua representa y proyecta la imagen de muchos ámbitos de la vida académica al exterior.

Lejos de ser una característica menospreciable, debería ser una prioridad atender aquellas áreas que, precisamente por su configuración, resultan ser la parte "visible" de la universidad en el exterior, esto es, su presencia. La institución, en el proceso de difusión de la cultura, no sólo hace partícipes a los demás de su producción de conocimientos, también capta las inquietudes, las demandas y, en términos generales, la reflexión de ciertos sectores de la sociedad. Mediante la difusión de la cultura se establece un proceso de retroalimentación universidad-sociedad capaz de atravesar las barreras que tradicionalmente han separado el interior y el exterior de la vida universitaria. No entender esto es ignorar lo que actualmente está en juego con respecto a las universidades en el país. El descrédito de muchas instituciones educativas no es coincidencia y sería muy peligroso plantearlo de esta manera. No se trata solamente de mantener las prácticas de campo, la ayuda a las comunidades y el servicio social en general sino, de igual manera, dar atención global y prioritaria a aquellos ámbitos universitarios que están en contacto directo con el exterior y que conocen por ello lo que ahí sucede.

Por otra parte, Educación Continua juega también un papel importante dentro de la universidad. Partiendo del concepto mismo de Educación Continua como un sistema abierto, la gama de posibilidades de intervención es muy amplia en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Es necesario vincular más el trabajo de investigación y producción de conocimientos a la tarea de Educación Continua. Esta representa un medio idóneo para diseñar, con base en los productos de nuestras áreas de investigación, cursos que permitan la actualización de conocimientos, además de brindar un espacio que permite medir el grado de impacto social de nuestras investigaciones.

Educación Continua representa un elevado potencial con respecto a la producción y difusión de conocimientos. La creación de materiales didácticos contribuye el acervo cultural de la Universidad y mantiene presentes las investigaciones. A este respecto, sería necesario la creación de un Centro de Documentación de Educación Continua capaz de captar y proporcionar materiales y documentos de muy diversa índole.

Por último, Educación Continua puede perfectamente ser planteada como un espacio autofinanciable que reporte beneficios a la universidad. Los beneficios significarían un estímulo académico y económico adicional para todos los profesores que participan en sus programas. Los excedentes reciclados de manera inteligente permitirían no solamente contratar maestros de otras universidades y de la República, sino incluso del extranjero. De la misma manera, posibilitarían la adquisición de equipo indispensable para cumplir de manera eficiente con sus funciones.

Los problemas de Educación Continua y la falta de utilización de su potencial no son solamente meras fallas técnicas de circunstancia, sino que involucran cómo se desarrolla el quehacer universitario. Estoy segura que

muchos de los presentes en esta ocasión se sentirán identificados por las inquietudes aquí planteadas. Se trata de llevar a cabo una reflexión global y abierta sobre los problemas de fondo que impiden que algunos sectores de la comunidad universitaria puedan desarrollarse y obtener resultados. Sólo una revisión de necesidades, concepciones y prioridades permitirá que la universidad encuentre

el lugar que le corresponde en el interior del sistema educativo, en su calidad de productora de conocimientos, y al exterior, en el espacio interactuante que le corresponde en la sociedad.

* Profesora de la UAM-X.

